

y ConVersos

Coordina:
Eduardo G. RICO

El antimilitarismo

Fernando Savater: ética y política

FERNANDO Savater acaba de publicar su último libro: «Las razones del antimilitarismo y otras razones», editorial Anagrama, Barcelona 1984. El texto lo constituye una colección de ensayos y artículos cuyo eje central es el tema que el título expresa.

Ser filósofo es sin duda apostarse en el quicio de la realidad y ponerse a pensar a ver qué pasa... y lo que pasa es todo: la vida, la historia, los hechos; por ello el teórico deviene ético, hombre comprometido. De Séneca a Chamfort, pasando por Montaigne, Diderot o la Rochefoucauld, la vida más o menos cortesana adquiere este contrapeso crítico, prudente, acre, mesurado o demoleedor. El moralista aguza la ironía, pero en el fondo su temple adquiere un tono inequívocamente serio, «prudente» en el más exacto sentido griego del término; vital o escéptico, ha optado por la defensa última de la dignidad humana, por un puñado de valores en los que acaso no crea del todo, pero de los que no se está dispuesto a soportar su violación o abatimiento. Este talante moral aparece ahora más ecuánime y sereno en la prosa de Savater, perfilando y matizando una opción que de forma más fogosa y temperamental ya se viera desde sus primeros libros, incluso aquel ya lejano «Nihilismo y Acción», que publicara cuadernos Taurus, o más tarde, por ejemplo, en «La piedad apasionada». Aquel Savater, a quien nunca le agradeceremos bastante los buenisimos ratos de genial cachondeo frente a algunos de los estériles santones de la filosofía española de los setenta, ni el habernos presentado a un escritor tan atrayente como Ciorán, fue abandonando poco a poco aquel género: artículo-ensayo-panfleto en el que llegó a una maestría difícilmente igualable, para templar su pensamiento en el crisol de la reflexión más característicamente ética, y su estilo en el reto de la creación estrictamente literaria: novela («Caronte Aguarda, Diario de Job»), o teatro («Juliano en Eleusis, Vente a Sinapia».)

Pero si queremos encontrar la teoría ética que subyace a los ensayos de este su último libro, tendremos que remitirnos a las dos obras donde ésta se perfila ya madura: La tarea del héroe y La invitación a la ética.

Nietzsche y Schopenhauer auspician de lejos esta propuesta de autorrealización de la voluntad del querer, que en el espíritu libre se proyecta como logro de la virtud, de la plena realización de sí mismo.

Sin embargo, no hay realización que no se vea obstaculizada, truncada, por la relación dialéctica con el medio social que la condiciona. Y no se trata tanto de utopías totalitarias, las últimas y sus enmiendas murieron hace más de tres lustros con aquel mayo francés, sino de respuestas concretas, de críticas puntuales y de una forma, esa sí total y sin concesiones, de negarse al imperio de la barbarie y el terror.

Con respecto a temas particulares, podemos encontrar en el libro que nos ocupa desde artículos traídos al vuelo de la actualidad, como el comentario de una frase de Felipe González, o el escándalo que ocasionaron las ya disueltas Vulpes, siguiendo por cuestiones tan conflictivas en la moral como el aborto o la pena de muerte, hasta reflexiones filosóficas sobre Diderot o lo que de Marx convendría retomar en el movimiento libertario.

Son éstas las «otras razones» que dibujan el diseño de un libro cuyo mayor núcleo temático se encuentra, como ya he dicho, en las razones del antimilitarismo. Antimilitarismo y no pacifismo o desarme, pues, en palabras de Savater: «Lo que quisiera propugnar es algo más amplio y más complejo que la renuncia a los gastos de armamento o la abolición de las herramientas atómicas de exterminio: incluye también un cierto replanteamiento de la constitución del propio Estado y de las identificaciones simbólicas que lo sustentan.»

Porque el antimilitarismo es una postura ética y política, que, más allá de la ficticia diferenciación entre las derechas y las izquierdas, opone una verdadera piedra de toque. Sin embargo, la estrategia del poder, ya sea del Este o del Oeste, estando ambos implicados en un modelo militarista y nuclearizado, es igualar el militarismo a movimientos de cuño místico, esotérico o ingenuamente utópicos. En la disidencia o la permisividad, el poder paternalista anula su incidencia, reduciéndolo a un puñado de buenas intenciones que se quiebran en cuanto se plantea su aplicación práctica, y es a este nivel donde actúa el texto de Savater, analizando las principales críticas o reparos que al antimilitarismo se oponen, desvelando sus falacias, pues, y esto es lo más importante, optar por una solución militarista es adentrarse en una forma de poder implícita y necesariamente autoritaria.

Rosa María RODRIGUEZ

«Crónica de un corazón», finalista del Espejo de España

Biografía íntima de un «hombre de cabeza»



PENSAMOS que el título del libro biográfico sobre Indalecio Prieto, de Alfonso Carlos Saiz Valdivielso, que quedó finalista en el último premio Espejo de España, en el que resultó vencedor «El mundo mítico y mágico de Picasso», de Carlos Rojas, el título, decimos, se corresponde perfectamente con su contenido y con la naturaleza de la investigación, poco menos que exhaustiva en su tema, realizada por el autor bilbaíno, doctor en Derecho, periodista y actualmente profesor de Derecho Político, en Deusto.

La crítica no puede cuestionar la validez del retrato de Valdivielso por una decisiva razón: su deliberada intención, que limita la perspectiva e impone un enfoque parcial de la figura histórica de Prieto. Y nada hay, seguramente, que objetar a esta «biografía íntima», puesto que cumple el propósito que se ha planteado el autor.

que puede prestar a un análisis de otro rango es, a nuestro modo de ver, importante. Pero falta ese análisis, de carácter histórico, sociológico y político que, según me parece, el biógrafo rehúye proponer. Indalecio Prieto no fue sólo «un corazón», cuya crónica ha desarrollado certeramente Valdivielso. Fue, sobre todo, un hombre de cabeza, un cerebro comprometido en las luchas del tiempo que le tocó vivir, inmerso en la

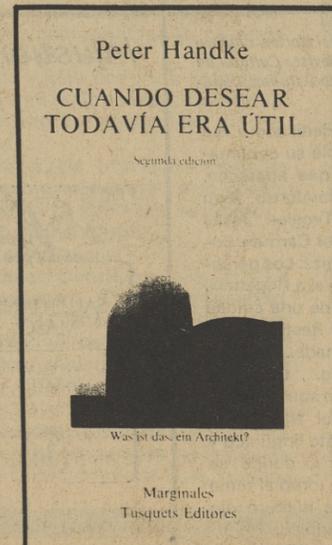
● Aclarado el sentido de este estudio biográfico sobre Prieto, digamos que la aportación

(Pasa a la página 4.)

«Cuando desear todavía era útil», de Handke

La juventud alemana tiene miedo

Por ELISABETH LUBINSKI



DESEAR sigue siendo inútil, como en 1974, para Handke y por eso todavía me gusta aunque en Alemania se haya pasado de moda y sea un clásico moderno que hay que tener en la biblioteca y hasta cierto punto veranear. Es la herencia del 68, el aburguesamiento total con el toque maldito de una juventud revolucionaria, que en la mayoría de los casos sólo repetía los «slogans». La marcha a través de las instituciones se convirtió en la aceptación de las mismas. De todos modos en las instituciones sólo podían, y pueden, entrar aquellos con un pasado libre de toda connotación política radical. La gran mayoría se salvó de la quema, los otros se les suicidaron, muy pocos se marginaron y ahora andan entre las filas de los verdes, y hay que reconocer que son los que más en serio se toman la macrobiótica. Será por los años y el colesterol.

Algunos pocos se convirtieron en grandes escritores y artistas burgueses, bien porque les dio la gana de acomodarse a la situación, o porque su público es burgués, que viene a ser lo mismo. Sólo queda el recuerdo de aquellos años malditos y gloriosos, y eso vende mucho, ya que la gran mayoría, en vista de los misiles que pueden acabar con su seguridad, siente remordimientos por la revolución fallida.

La provocación fue su arma más importante; lo que la sociedad alemana aprovechó para aburguesarles. Utilizó su «forma» de expresión; primero para criticarles, que fue lo que les hizo famosos, y después para alabarles. El contenido se dejó a un lado. Cuando Beuys puso una mesa con un teléfono encima y un cartel aclarando que se trataba de «la oficina para la democracia directa», en el Fridericianum, en una de las «documentas» de Kassel, se sentó detrás y contestaba preguntas, se habló de la gran provoca-

ción al Estado alemán. En la última «documenta», Beuys ha amontonado delante del museo piedras y se ha sentado encima. Ahora se habla del rito y del mito, de la importancia de las piedras y del artista como objetos de culto, como objetos artísticos...

A Peter Handke le pasó algo por el estilo. Se habló de él cuando puso en escena su «Kaspar» o «Los insultos al público» porque en aquel momento tenía un sentido político y no se quiso ver más. Basándose en la fuerza de sus imágenes, en su habilidad de fijar una situación o una conversación hasta hacerla plástica, se filman películas sobre sus novelas.

Pero Handke es algo más que todo eso; tiene también un contenido, que sigue siendo válido en la sociedad actual y sobre todo en la alemana. Resulta más fácil de comprender en sus relatos cortos, poesías o artículos como en «Cuando desear todavía era útil» (Tusquets), una selección de sus obras cortas de 1972-1974.

Es el miedo del individuo que no se encuentra, que no se identifica, ni siquiera con su cuerpo. El tópico que utiliza la juventud alemana de ahora, la «falta de comunicación y de espontaneidad», el miedo que tiene a la sociedad que la rodea porque no se ve aceptada, la deformación de las relaciones del individuo con el mundo es también el tópico de Handke. El lo descubre con el 68 y decide que desear es inútil, que así, deseando como la generación anterior, no se destruye una sociedad malsana, sino que se la fomenta. El opta por la revolución, por la provocación; es su manera de desear y de vender.

La juventud alemana recoge esta herencia, aunque a veces se niegue a reconocerlo. Opta por la revolución ecológica y la vende con pegatinas a favor de la conservación de las ballenas y con pan integral. Y los del 68 también están ahí. Igual esta vez aciertan, aunque no lo creo.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Sauria escamosa América



«Memoria del fuego», II parte. «Las caras y las máscaras», de Eduardo Galeano. Siglo XXI, Editores.

Sauria escamosa América, cantó Pablo Neruda. Entre sus grandes escritores de hoy, Eduardo Galeano figura en los primeros lugares. El libro que ahora aparece constituye el segundo volumen de la trilogía, «Memoria del fuego». Galeano se sirve de su destreza periodística — recordemos su importante función de jefe de redacción de «Marcha», de Montevideo — y de su sabiduría literaria para narrar la historia de Latinoamérica, «revelar sus múltiples dimensiones y penetrar sus secretos», en un «vasto mosaico» que se completará pronto con el tercer volumen. El segundo, que comentamos, abarca los siglos XVIII y XIX. La obra de Galeano supone un amplio y profundo trabajo de creación, de acuerdo con un originalísimo enfoque. El libro está dedicado a Tomás Borge y a Nicaragua.

El ministro-poeta

«Palabra Plural», de Luis Pastori. Imprenta Nacional, Caracas.

PALABRA PLURAL

LUIS PASTORI

«Profeta en su tierra»: así calificaron a Luis Pastori sus paisanos de la villa venezolana de Victoria, cuando en 1980 le rindieron homenaje. En su tierra, añadiríamos nosotros, en otras tierras, donde es bien conocido, como poeta, como escritor, como político. A Luis Pastori le llamó el Presidente Herrera para integrar lo que definió como «un poquer de Luises en el Consejo de Ministros». A Pastori, el Presidente Herrera le encomendó el Ministerio de Cultura. Durante su gestión hizo frente a las muchas discrepancias que hubo en materia de cultura popular; su criterio no coincidía con los vigentes hasta entonces. En este libro que acaba de publicarse se recogen discursos, ensayos y conferencias —veinticuatro en total— fechados durante sus años de mandato, y entre ellos destaca para lectores de allí y de aquí el titulado «Desarrollo económico y cultura».

La vida en los talones

«Finisterre», de Fernando Sánchez-Dragó y otros autores. Editorial Planeta.



Sánchez-Dragó, que encabeza la nómina de autores cuyos trabajos aparecen en este libro, titula el suyo «Con la vida en los talones»; constituye una reflexión sobre el viaje. Los demás se refieren al «viaje» en la diversidad de conceptos que acumula esta palabra. Aquí están las comunicaciones y conferencias dictadas en el palacio de Mariñán, en el verano de 1983, en el curso organizado en Galicia por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. «El poeta griego Kavafis lo inspiró y lo hizo posible desde la otra orilla de su "Finisterre"». Figuran en el libro las conferencias de Savater, Racionero, Ramón Buenaventura, José María Álvarez, Poveda y Paniagua, Abel Posse, Areilza, Montávez, Barnatan, Xavier Domingo, Paz Andrade y Antonio Gala. «Sobre viajes, travesías, navegaciones y naufragios», así se define esta colección de trabajos.

Los corsos y la resistencia

WILLIAM HEFFERNAN
El Corso

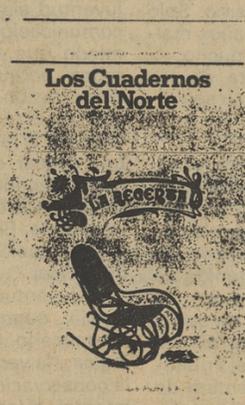


«El corso», de William Heffernan. Argos Vergara.

Contrabando y resistencia... Las aventuras de Buonaparte Sartene, sus negocios, sus conflictos, su combate político, como director de las fuerzas antinazis de Marsella. Tras la guerra, los Sartene, después de ser recompensados por su labor resistencial, se establecen en Laos. Empieza entonces su actividad en el tráfico de opio. El relato nos refiere el duelo a muerte entre dos familias rivales, los Sartene y los Carbone, que se disputan el control del tráfico de drogas. La narración comprende, asimismo, el tema político y alcanza la historia reciente de Indochina. También asistimos a la historia de la persecución de un asesino en el maltratado Vietnam. Un relato muy próximo a la novela negra, que resulta apasionante.

Polémica en Asturias

«Los Cuadernos del Norte», número 23, enero-febrero, Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias. Director Juan Cueto.



Este es el ya famoso número dedicado a «La Regenta», de Clarín, cuando cumple su centenario. Número monográfico en el que aparecen, entre otros, trabajos de Luis Ricardo Alonso, Juan Benito Argüelles, Torrente, Haro Tecglen, Jesús Neira, Martínez Cachero, María del Carmen Bobes, Orlando Carreño, Blanca Álvarez... Los personajes, escribe Benito Argüelles, de «La Regenta», «representan muy bien el mundo de una ciudad de provincias en la España de las Restauración. Una ciudad en la que nunca pasa nada... El clero, la política, la milicia, el comercio... todas las fuerzas que mueven la ciudad, están aquí fielmente representadas». Destacamos el trabajo de Neira sobre «La función del disparate lingüístico y del dialectismo en "La Regenta"», donde se formulan agudas observaciones en torno al tema del bable. La presentación de este número dio origen en Oviedo a una fuerte polémica.

Un resplandor triste

«La luna nueva», «El jardinero», «Ofrenda Lirica», de Rabindranath Tagore, Alianza Editorial.



El poeta de Calcuta sigue contando en el mundo occidental con millares de lectores. La editorial le presenta como «poeta, narrador, dramaturgo, pedagogo, reformador social, músico y pintor». En Occidente se han difundido especialmente sus obras de prosa poética, entre las cuales destacan las recogidas en este volumen de Alianza, traducidas, como se sabe, por Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez, del texto inglés. «Viene una esencia alegre y un resplandor triste — escribe Juan Ramón en la introducción—. Viene una esencia triste, una luz alegre...» ¿Hay una flor amarilla de champaca sobre tu pecho parado y una estrella bajo la resurrección? Con la fascinación de este lenguaje —que hoy, curiosamente, vemos que muchos repiten sin saberlo— se han embriagado varias generaciones occidentales.

Cultura hispano-árabe

«Cálamo», revista de cultura hispano-árabe, número 1.



Motiv y dirigidos en el campo español. La revista de la cultura hispano-árabe. Un número fundado de la literatura.

El Instituto Hispano-Árabe de Cultura nos ofrece el primer número de la revista «Cálamo», correspondiente al trimestre abril-mayo-junio, dirigida por Jesús Riosalido, con Julia Saéz Angulo de jefe de redacción, y Felisa Sastre de secretaria. En el consejo de redacción figuran Ignacio Amestoy, Delesta, Gómez Izquierdo, Fuentes, Enrique Vázquez, Lostalé, Sohb y Louis Philisteen. En el «primer mensaje» de Riosalido, ete promete reflejar en la sección editorial los problemas que en el momento de aparecer cada número puedan afectar a la comunidad de países. En este número inicial aparece una entrevista con Juan Goytisolo sobre sus contactos con el mundo árabe, «moros y cristianos» y su repetición en «comico», un amplio reportaje sobre el cine árabe, y en la sección económica lo que llaman «la ciencia de los pobres». En este artículo se propone la creación de un Centro Internacional de Energética.

Nostalgia de la tertulia

«Versos de entonces», de Manuel Martínez Remis. Colección Acuario.



Inolvidables tertulias madrileñas, las de los años cuarenta y cincuenta... Gracias a ellas se mantuvo viva la llama de la poesía en una sociedad hosca, un sistema de censura y un régimen de tiranía que vigilaba estrechamente las manifestaciones culturales y del espíritu. Recitales semanales en Varela, en el Lara, en Levante, en otras cafeterías. Manuel Martínez Remis era el organizador y director de muchos de estos actos, además de gran poeta. Ahora nos ofrece su primera antología. «Voy por esta vereda a mi pasado —dice uno de sus versos, la "elegía asturiana"—. Asturias, mi niñez, viejos abuelos... Voy hacia mi niñez por la vereda... Yo era un niño buscando la ternura.» «Yo soy el mismo, el mismo porque aún canta el ruiseñor...» Poeta, autor teatral, guionista, Martínez Remis ha publicado muchos libros y recibido premios. Su voz poética se mantiene viva.

Un finalista

«Impostura», de Enrique Vila-Matas. Anagrama



Entre los mil premios que anualmente se otorgan en España, el que lleva el nombre del director y creador de Anagrama, Jorge Herralde, es, sin duda, el más valorado por la crítica. Integran su jurado Salvador Clotas, Juan Cueto, Luis Goytisolo, Eshter Tusquets y el propio Jorge Herralde. En el pasado año fué Alvaro Pombo, con sus «Mansardas», el ganador, y alcanzaron la final cuatro relatos, entre ellos «Impostura», de Enrique Vila-Matas. La narración de Vila-Matas se desarrolla en la Barcelona de los años cincuenta, y constituye la historia de un desmemoriado y el equívoco que provoca, cuando ingresa en un manicomio, al identificarle dos mujeres con un falangista divisionario y un anarquista. El autor se basa en una anecdota auténtica, que ya fue abordada por ilustres escritores, Sciascia, Sontag, Pirandello. En el centro del relato, los problemas de la identidad y la soledad.

Injusticia

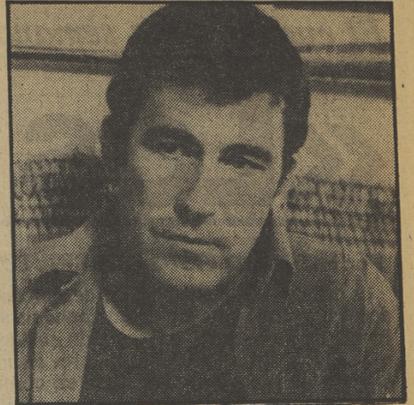
«Poesía escogida», de Salustiano Masó. Colección de poesía El Bardo.



Imperdonable injusticia la cometida por la crítica al marginar de su atención la obra poética de Salustiano Masó. Hombre de Alcalá y del año 1923, se le ha presentado con exactitud en una circunstancia caracterizada por la definición machadiana: «Una de las dos Españas le hiela el corazón, y este hielo persiste a lo largo de toda su vida de españolito sin fortuna.» Pese a la desatención sufrida, Salustiano Masó tiene en su haber importantes distinciones: premio Guipúzcoa, premio Villa de Portugalete, premio Café Marfil, finalista del premio Leopoldo Panero, premio Ciudad de Badajoz y premio Miguel Hernández. Ha publicado veinte libros de poesía. En esta antología que ahora aparece en «Los libros de la frontera», hay poemas pertenecientes a dieciocho de ellos, y varios inéditos. «Visión retrospectiva del paisaje desde lo alto de un carrino», dice justamente el autor.

sin secretos

La novela de Sánchez Dragó (y la de Marsé)



hechizo transmite a través de generaciones? Experto en hermetismo, la sortija se queda en su universo secreto; se ha vuelto a París sin descifrarla. Un autor de «best-seller» puede permitirse ocultar los misteriosos mecanismos de su éxito. Pero Díeguez, Gustavo Domínguez y Elena Butragueño los saben, aunque no los digan. Domínguez está más preocupado por su libro y por el asesinato de Prim. Otro secreto. Elisabeth Lubinski, que estaba allí, también los sabe.

EL DISCRETO IMPERTINENTE

PARA ser más exactos, diremos que la de Juan Marsé, «Ronda del Guinardó», es una nueva novela, que se añade al ya voluminoso equipaje literario que porta el autor. La de Fernando Sánchez Dragó es la primera que escribió («Eldorado», Planeta), y aún se gesta su publicación; no aparecerá, según creo, hasta la Feria del Libro de Madrid.

Dicen las malas lenguas, que se mueven a trabajo completo en la sociedad literaria, que «Ronda del Guinardó» se levanta sobre el modelo de «Crónica de una muerte anunciada», seguramente porque Marsé ha decidido respetar las unidades académicas, lo que está fuera de moda, como bien se sabe. La presentación de este libro en Madrid —con la presencia de Mario Lacruz y Ricardo Muñoz Suay— reunió en el Café de Oriente, del cura Luis Lezama, a informadores de todos los medios y a esa que se llama «gente de letras». Allí estuvieron Francisco Umbral y Luis Carandell, en larga y aguda conversación. Como de costumbre, Juan Marsé eligió lo que más le gusta del mundo: permanecer mudo. Y casi mudo estuvo también Mario Lacruz. Es difícil decir sobre Juan Marsé algo distinto de lo ya conocido. Lo dirá, sin duda, Maruja Torres, sentada a su lado, en diálogo imparable durante dos horas.

Aquel mismo día, por extraños motivos que conducen a editores, libreros y escritores a ponerse en

desacuerdo, la comisión organizadora de la Feria del Libro Antiguo y de Ocasión, a punto de abrirse en Recoletos, convocó a otros informadores y otras gentes de las letras a una comida en un establecimiento del viejo Madrid. Allí estaba el presidente de la Real Academia, entre otros ilustres, apoyando con su presencia una iniciativa que cobra mayor brío cada año. Ingenioso y brillante, Pedro Laín Entralgo en su intervención. La escucharon con atención los hombres y las mujeres del libro, el periódico y las ondas: Fernández Berchi, María Teresa Campos y un largo etcétera, con estrecha cabida en el restaurante. Hace medio siglo, escritores como Pío Baroja o como Antonio Machado tenían cita ineludible en librerías como la de Sánchez Cuesta. La costumbre se ha perdido, pero ahora la cita es anual y todos veríamos con buenos ojos que se creara un nuevo hábito.

Hablando de citas, el miércoles, «Fundes» reunirá a sus contertulios en el Club Financiero. Hace unos años las mujeres tenían prohibida la entrada en el club. Hubo, en ocasiones, sus más y sus menos. Pero el miércoles, «Fundes» ha invitado a Concha Velasco. Julián Marías, Rafael Ansón y los suyos han conseguido dinamitar el machismo de los ricos madrileños. La invitación a la tertulia de mañana se cursa con revolucionaria fórmula: «Nos gustaría mucho contar con su presencia y la de su cónyuge.» Las esposas, admitidas. No sabemos si también las demás mujeres.

Volviendo a la obra de Fernando Sánchez Dragó (el «libertario», como se definió el otro día en un programa de radio), «Eldorado» está fechada en 1960-61 y es la novela, porque el autor lo quiere así, de una generación, sus sueños y sus frustraciones: la generación del 56, la revuelta y las cárceles. A la cárcel fue también esta obra de Dragó, siguiendo los avatares de su autor y luego fue a parar a una maleta que viajó por medio mundo. Planeta ha decidido editarla ahora, con algún que otro retoque. Sus personajes siguen vivos. Son personajes reales.

Y llega el tiempo de los brindis: en la Sociedad General de Autores se ha brindado con agua, azucarillos y aguardiente, claro, por el maestro Chapí. La compañía de Curro Vargas estuvo presente, con Francisco Nieva en primer término. En el Centro Asturiano de Cosme Sordo, se ha brindado, con sidra, naturalmente, por Sorolla, tras la charla poética del maestro Delgado Raja. En la residencia del embajador francés se ha brindado, con champa, por el novelista Frederick Tristan, con diplomáticos, embajadores, escritores y críticos. Y periodistas notables: Tristán la Rosa, Rafael Conte. Estaban los editores Ruipérez, Agut y otros. Wacquez, el chileno, está preocupado con la traducción de «Extraviados». Gustavo Domínguez, por un libro que no quiere mostrar. ¿Qué significa la sortija de Frederick Tristan? ¿Qué extraño

Don Quijote en la Gran Vía

A. SABUGO ABRIL

El otro día, don Quijote bajó del cielo y paseó su quimera por la Gran Vía. Era un caballero antiguo —la lanza de picador y yelmo de Mambrino—, con la fiesta nacional por dentro. Fernán-Gómez, con barbas ralas y cara de hambre, loco de primavera, que entró en la Casa del Libro para quemar la moderna noveletería. La muchedumbre de lectores de ocasión (un libro al año no hace daño) permaneció atónita ante la aparición de un ser tan estrambótico, armado en el Rastro, extra de película barata, don Mendo de las calzas verdes, Quijote Quijano el Malo, con tirantes blancos sobre la cota de malla. El público iba a reírse, cuando don Quijote con una seriedad rusa les increpó: —Non riades lectores de ocasión que un sólo caballero os amonesta. El público pensaba que era un montaje publicitario. —Ya no saben qué hacer para vender libros. —Mejor que los venda don Quijote que no J.R.; su figura es más galana. El público, al principio sorprendido, luego curioso, después burlón, se acercaba al caballero; algunos señores hasta querían palparle la armadura, las manos, por ver si era real o ente de ficción, como dicen los críticos lustrados. Don Quijote se ponía hueco en su delgadez, en pose de político importante, esperando vanamente el ojo huero de una cámara televisiva. —Es sin duda un actor en paro. —O un burlador en la feria de las vanidades. Don Quijote se incomodaba al ver que el reportero no llegaba. Dio tres golpes en el suelo con el cuento de su lanza; el público, a la espera de cualquier locura, se temía lo peor, que el caballero se enfureciera y pagase con víctimas inocentes su frustración. Don Quijote ensa-

yaba su función teatral como un actor meritorio ante un espejo—espectador; escuchaba aplausos del público puesto en pie; la apoteosis... —Ese Merlín falaz, felón de cobardías, ha tenido la culpa y ha encantado a mi bella dama para que no venga a verme. Un espectador, sin duda lector del Quijote, preguntó con sorna: —¿Os referís a vuestra señora Dulcinea? —Dejad a Dulcinea que duerma en El Toboso. Yo espero a mi televisión, niña mimada, ojo mágico, libro abierto, ente de pasión y cariño. —¿Privada o estatal? —¡Ah, felón; por mi vida que os ensarto como a un pollo tomatero! ¡Ponerme a mí en esa terrible decisión! Don Quijote se había llevado la lanza a su costado derecho y desafiaba con su mirada al público. Se acercó a una mesa escaparate, donde estaban los libros más vendidos, esos niños buenos que hacen las delicias de los ejecutivos literarios. Todo el mundo se estremeció cuando don Quijote se reía como mal fuelle, silbando entre sus muelas rotas: —Patrañas y sólo patrañas. Esto se lo contáis a mi amigo Timoneda, cuyo nombre era un chiste, ya sabéis: timo, mome-da, Timoneda... Pero nadie se reía. Don Quijote dejó su lanza a un profesor de latín, algo gordo, al que en seguida tomó por escudero. —Te digo, Sancho amigo... —Yo no soy Sancho. —Tú ¡ja callar! Donde hay caballero, no manda su escudero... Como iba diciendo. Me da risa esta lista de los libros más vendidos. Pero yo os pregunto: ¿son en verdad leídos? Ahí duele el escaquin a tanto autor nuevo, como ahora pulula, creyéndose Joyce, Kafka o Proust. ¿Por qué no creerse don Quijote? —Don Quijote es un ente de ficción— dijo un licenciado en Hispánicas, que iba



para crítico— quería usted decir Cervantes. —¡Por tu vida, bachiller Carrasco, que he dicho don Quijote. Yo soy el novelista, genio y figura. Cervantes fue una disculpa, una necesidad de la naturaleza, para que yo existiera. Bien que lo sabía aquel don Miguel de Unamuno, mi paladín, gran caballero de la pluma y de la lengua. Yo soy don Quijote, yo soy Cervantes... El caballero se exaltaba y pegaba con su lanza sobre los libros de cocina, viajes, sexo, ocultismo, gangas literarias. Una dependienta le dijo a un ejecutivo de manos blancas: —¿Llamamos a la comisaría o al manicomio? El ejecutivo, ajustándose el nudo de la corbata, con una seriedad de máquina registradora dijo: —Deja a nuestro loco, es un espectáculo y está vendiendo nuestros libros. Una estudiante americana, rubia, algo desgalichada, enamorada de don Juan Valera, preguntó al caballero: —¿Qué opina de la novela española actual? Don Quijote se regodea, como un personaje importante, cuando le entrevistan, entona una voz de profesor de humanidades o pregonero mayor de la ínsula Barataria. A veces parece un juglar o el caballero de la tristura recompuesta: —Ya lo he dicho, mi amor. Ahora hay mucho proustiano, joycelino y kafkista; demasiado tarde y ya sin dicha posible. La novela española se perdió después de la guerra incivil. Unamuno, Pérez de Ayala y hasta Azorín habían intentado una novela moderna. Después de la guerra todo es repetición. Se escribe como Galdós o como Baroja; nadie entiende a Valle-Inclán. Los autores más encumbrados se repiten a sí mismos. No hay crítica, hay elogio confidencial, besamanos y una fiesta de engaño. A Juan Benet le han dado el premio de la Crítica, y eso está bien. —¿Y Cela, Delibes, Castillo Puche, Gironella, Rojas, Ferrer, Grosso...? —Que ellos sean sus críticos, que los críticos no lo son. Todo lo demás es engañarse. Cervantes se murió con la duda de haber hecho una gran novela. Sus contemporáneos no la entendieron. Cervantes aguantó más críticas e incomprendiones que todos los autores de ahora juntos. Un novelista de gafas de oro, entretenido e incrédulo, preguntó: —¿Pero no es usted Cervantes? El caballero miró de frente a su interlocutor. Se puso serio, en un ademán de señorear su fantasía. Elevó los ojos hacia el techo y con su mano derecha en el corazón respondió: —No; yo soy Don Quijote.

El cuento de la semana (y 2)

«Los invitados»

Por HONORIO FEITO RODRIGUEZ

La calle es una fiesta para los descamisados. Para esta basta legión que pendula su hambre y su miseria, en forma de aullidos o quejidos, de un extremo a otro. Es un ejército de harapiento uniforme en continua pendencia con el mundo para aliviar sus andorgas, combatiendo hoy, ahora, una vez más, contra la amenaza del ayuno, hartándose con la hegemonía de los platos y el tinto para que no pellizquen los intestinos de estos improvisados combatientes de «Trágala», que corren entre insulto e insulto, calle por calle, para que sus favores no queden en el silencio y sus estómagos en deuda con los ricachones que pagaron el vino y la comida. Platos servidos desde las perolas de las casas de caridad, surtidas de continuo durante el día por despojos traídos en su mayor parte desde el matadero del Cerrillo del Rastro. Y junto al gentío, velando por el orden de la anarquía, en una anacronía simpár, tropas de la milicia, como sordos testigos, expectantes ante el fusilamiento verbal de uno de sus generales, cuidando que no pase de ahí, que ya la hora hará el resto.

Los primeros rayos de sol, que aparecieron con timidez y tibieza unas horas antes, aún no habían podido desterrar la calima de la fría mañana del 7 de noviembre. Sin embargo, en las calles de la Corte se respiraba todavía la festividad iniciada la noche anterior, a la que se habían unido diversos grupos de diferentes estamentos sociales; se habían aproximado a las calles del cortejo, levantando sus cabezas para ver mejor el serón, que tirado por un burro transportaba al condenado hacia el patíbulo. Al filo de las diez de la mañana, Rafael del Riego llegó a la plaza de la Cabeza entre una escolta de monjes, frailes y cofrades, que tras tirar del serón aliviando en lo posible el mortal itinerario del preso aliviaban también los agujonazos de la herida de bala sufrida durante su detención, herida que podía apreciarse por usar el reo el mismo pantalón que vestía en Boquerizones, medio zurcido por él mismo durante la noche. Tras besar por última vez el crucifijo y hacer otro tanto con el antablado de la horca, el aparato marcial de la milicia

● Ultimo capítulo del cuento premiado en el Concurso Nacional del Banco Hispano Americano

dirigida por el general Verdier hace inaudibles los rezos del convicto cuando el silencio invade el gentío, y las palabras del ritual del verdugo se suspenden solas en el aire, «¡Viva el rey!», «¡Viva la religión!»,... ante la opaca voz del silencio que todo lo llena.

La Venta de la Rivera y sus alrededores presentaban un alegre y jovial aspecto aquella mañana. Del pueblo habían acudido los anfitriones para observar de cerca al rey de la nación, heredero del imperio centenario, cuyos blasones ahora él representaba tras ciento veinte años y treinta y ocho días de pertenecer a su familia. Para recibirle, en la Venta habían colocado una alfombra de rojo carmesí ribeteada en oro, que cruzaba el umbral de la puerta principal y que para los más despegados del protocolo era sólo el cordón umbilical que unía dos paraísos multicolores: la milicia, que esperaba en orden de parada en las afueras, y el condumio, capaz de ganarse el más exigente de los bucheros harto de exquisiteces. Afuera, en perfecta simetría, dos formaciones flanqueaban ambos lados de la entrada de la Venta. Un escuadrón de Caballería, formado por tres secciones de diferentes regimientos, según indicaban los guiones y estandartes correspondientes, robaban miradas del escaso centenar de aldeanos, apiñados allí donde más inadvertida fuera su presencia. Y las miradas corrían, incrédulas, desde los amarillos uniformes de los Dragones del Regimiento de Almansa hasta los húsares españoles, en los que llamaba la atención el modo de combinar el verde de las solapas y bocamangas con el azul celeste de las guerreras, deteniéndose menos la curiosidad de los aldeanos en los soldados del Regimiento del Infante, que completaban la formación de a caballo por ser sus uniformes menos vistosos. De las tropas de a pie, una compañía formada igualmente por seccio-

nes de tres regimientos, las milicias populares no podían ser identificadas hasta que no se rompiera la formación, pues el distintivo de la región a la cual pertenecían estaba en las iniciales de sus bastones y los uniformes eran igualmente blancos para todos y las polainas, pardas y los bicornios, tocados con plumas rojas. Los granaderos que formaban otra sección se hacían más vistosos por sus gorros altos de piel de oso, cuyas mangas, caídas sobre las espaldas de los soldados, bordadas, eran una perfecta obra de arte y reclamaban poderosamente la atención de las mujeres. La tercera sección estaba compuesta de la Infantería de Línea, cuyo reimiento había prestado también escuadra de gastadores y música, siendo los soldados gastadores los más llamativos por sus cubrecabezas, mandiles y herramientas.

Si perfecta era la formación militar, otro tanto podrían decir los aldeanos de haber visto el ordenamiento gastronómico en el patio de la Venta. Sobre mesas alineadas, vestidas con manteles rojos, verdes, amarillos y azules, las bandejas y los platos daban un aspecto a sus contenidos que hacían del apetito más un reclamo a la vista que del gusto. La carne cruda, nacida y criada en parte en los corrales de la cercana población, entregada en espléndido acto de homenaje hacia el rey, aparecía ahora, bañada en jugosas salsas así como los pescados, sopas, aves, dulces, frutas fritas, frutas crudas, almibaradas, ahogadas en vino y los calabacetes y otras frutas cándidas con azúcar, presentaban un aspecto distinto junto con los pasteles de anguila al modo de Valladolid, las perdices y los faisanes a la trufa, los lechones y lechales y el jamón de Trévez y Montánchez y las empanadas y las truchas gelatinadas por un cristal para que no perdieran su aspecto de recién sacadas del río, sólo que ya convertidas en gustosísimo manjar.



Y las jarras de vino que testificaban el regreso del monarca al trono del que le alejaron, en los primeros días del año, la canalla liberal, que diciéndose patriota despachó a su rey con un decreto que declaraba perturbado a aquel deseado de ojos grandes y redondos, perdidos, desorbitados, de pronunciada nariz y gesto de infeliz y caprichoso a la vez.

El coche real, tras detenerse a cien metros de la formación para que el rey revisara a las tropas en ecuestre triunfalismo (Madrid, la Corte, el trono, estaban sólo a dos horas de camino), se detuvo por segunda vez junto a la puerta principal de la Venta. Antes de que el rey de las Españas pusiera su pie sobre la alfombra de rojo carmesí bordada en oro, un hombre de elegante aspecto se acercó reverencialmente a él balbuciendo algunas palabras que el monarca, tras escuchar con gesto sonriente, matizó, dirigiéndose a los presentes: «¡Ah!, ¿conque Riego ha muerto? Entonces ya podemos gritar ¡Viva Riego!; y subiéndose al carruaje, continuó viaje a Madrid ante la extrañeza de los que le aclamaban.



«Crónica de un corazón», finalista del Espejo de España

Biografía íntima de un «hombre de cabeza»

(Viene de la página 1.ª)

«praxis» poética desde su adolescencia hasta la hora de su muerte. Y no sólo habrá que contar sus aciertos y desaciertos, la relación entre la acción de Prieto y la circunstancia en que se inscribió; marginar los métodos apologéticos y casi hagiográficos, legítimos en una crónica como la de Valdivielso, pero inadmisibles en un análisis histórico más amplio y profundo. Por poner un ejemplo rápido, las dimensiones entre Prieto y Negrín —otro gran gobernante socialista— no pueden reducirse a un

sencillo y superficial análisis psicológico y a una simple hipótesis, con apoyaturas mínimas en los conflictos interiores. (Tampoco, aunque el juicio cuenta poco, se puede despachar la definición de un Serrano Poncela con la frase «un gacetillero con ínfulas intelectuales»). Parece increíble que al autor de trabajos indispensables para comprender la influencia en nuestro país de las modernas corrientes filosóficas reciba este absurdo trato.)

● A un «hombre de cabeza», como Indalecio Prieto, no se le puede

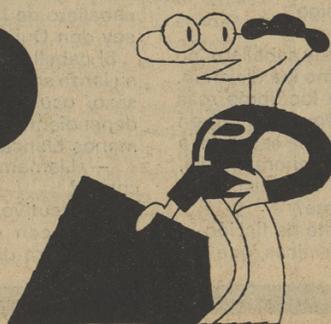
limitar a «hombre de corazón». Fue su inteligencia la que funcionó en la política española, y así habrá que juzgar su actuación. Valdivielso está en su derecho al ceñirse al objeto de su estudio biográfico. No pretendía otra cosa. Pero su libro no nos da la imagen completa de Prieto, aunque la acumulación de datos resulte útil para un análisis más honrado y totalizador del hombre y su relación con los hechos. Hay que emprender ese análisis de más envergadura, cuya falta se nota ahora más que nunca, después de la «crónica

de un corazón», de Alfonso Carlos Saiz Valdivielso. Por eso, aunque el libro cumpla sus fines —y a veces se extralimite, sobre todo al emitir juicios políticos sin el fundamento de ese análisis cuya ausencia se advierte—, a uno, particularmente, le resulta insuficiente. Por lo demás, pensamos que el lector debe hacer caso omiso de esos endebles juicios que señalamos y quedarse solamente con la biografía cordial de Indalecio Prieto, un gran hombre de este siglo español.

E. G. R.

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado por Manuel F. MOLES